

Perdonar lo imperdonable para estar de pie

*Daniel Pittet**

Padre mío, yo lo perdono: sobrevivir a una infancia herida, es un testimonio donde el autor, Daniel Pittet, cuenta cómo a partir de 1968 y durante cuatro años, fue violado por el Padre Joël Allaz. En 2000, denuncia a su violador y entrega su apoyo a otras víctimas de pedofilia. La obra, aparecida en 2017, fue traducida al italiano, español, alemán, esloveno y polaco. Fue prologada por el papa Francisco, quien la agradeció con estas palabras: “Los testimonios como el suyo hacen saltar la tapa que escondía los escándalos y los sufrimientos, dan luz sobre una terrible oscuridad en la vida de la Iglesia”. En el epílogo del libro, se puede leer una entrevista con el mismo Padre Joël Allaz.

A la edad de nueve años, fui violado por un capuchino, el Padre Joël. El calvario duró cuatro años, y mi vida ha quedado marcada por ese acontecimiento vivido también por tantos niños de ayer y de hoy. Más de cincuenta años después de sus abusos, pude contar mi historia y publicar mi testimonio en un libro prologado por el Papa Francisco y que fue el tema de un documental televisivo realizado y producido por KTO en 2017. Al testimonio le puse el siguiente título: *Padre mío, yo lo perdono*. Sí, porque he perdonado a mi verdugo, quien ha también testimoniado en el libro respondiendo de manera no anónima a una entrevista hecha por mi obispo. Lo perdoné en mi corazón en la época de las violaciones y al reencontrarlo posteriormente dos veces, en 2016 y 2017.

A la edad de once años, ya lo había perdonado al considerarlo como alguien enfermo. Había dos personas en él: el cura y el abusador, el “cerdo” que me violó numerosas veces. En 1970, en una misa de la Asunción en la

* Daniel Pittet es bibliotecario en Friburgo, está casado y es padre de seis hijos. Es el autor de *Mon Pere, je vous pardonne*, con la colaboración de Micheline Repond, Editions Philippe Rey, 2017.

cual yo ayudaba, el Padre Joël dio, como usualmente lo hacía, un magnífico sermón que lograba emocionar a los fieles hasta las lágrimas (tanto en sentido figurado como literal). Ese día, al observarlo, entendí que él era doble: mientras predicaba, veía un cerdo viejo desnudo; pero también veía a los fieles llorar de emoción delante de un predicador lleno de talento. Estaba el santo sacerdote y el cerdo viejo. Después de esa misa, me violó como siempre. Estaba realmente enfermo. Yo lo perdoné ese mismo día y construí mi vida sobre ese perdón dado a los once años, arrodillado delante del Santísimo Sacramento. Pronuncié estas palabras que jamás olvidaré: “Jesús, perdono a este pobre idiota porque tiene dos facetas. Él no puede nada. Pero déjame salir de sus cadenas”. Y lloré. Perdonar a esa edad significaba no recriminarle sus actos. No tenía odio hacia él. Sobre todo, quería escapar de sus manos.

Con frecuencia me interrogué a mí mismo sobre ese perdón dado cuando era sólo un niño. Pienso que pude construir mi vida –una vida llena de encuentros y personas que me ayudaron y me amaron- sobre la base de aquel perdón. No hubiera podido construirla sobre el odio o el resentimiento. El perdón no tiene nada que ver con la justicia humana que debe obrar y que condena, ni con la justificación inocente que borra el problema. Recuerdo bien lo que me hizo sufrir el Padre Joël y no podré olvidarlo hasta el día de mi muerte. Sólo puedo perdonar por lo que yo he vivido, y no por todo lo que otras víctimas han sufrido.

El perdón no borra ni la herida ni el sufrimiento infligido. El perdón significa que miro a mi verdugo como un hombre-doble, pero de todos modos responsable de sus actos perversos. Gracias al perdón, no me siento atado a él y no permanezco bajo su dependencia. El perdón me ha permitido romper las cadenas que me ataban a él y que me hubieran impedido vivir.

Gracias al perdón dado y repetido toda mi vida, hasta el día de hoy, pude entrar en relación con esa persona de una manera notable, sin sentirme ligada a ella ni por el odio ni por el deseo de venganza. Por eso considero que el perdón puede darse sin que haya sido solicitado por el ofensor. Tampoco hay necesidad de que sea aceptado. En mi caso, el Padre Joël me pidió perdón por escrito, pero eso no era necesario. No hice este largo camino por aquel perdón. Tuve acompañamiento terapéutico antes de poder hablar y dar mi testimonio, sobre todo para contribuir al obrar de la Iglesia en este

terreno, a fin de que sea escuchada la palabra de las víctimas y que ella las libere. Perdoné sin jamás poner en tela de juicio el perdón, sin jamás volver atrás. Quizá fue un impulso del corazón infantil, impulso del cual muchos otros podrían ser capaces.

En 2016, unos meses antes de la publicación del libro, cuarenta y cuatro años después de los hechos, he decidido reencontrarme con el Padre Joël. Lo volví a ver una vez más en 2017. Sentí que era el momento y que yo ya estaba lo suficientemente fuerte para soportar lo que se podría considerar como una prueba. En aquel hombre arrugado y ayudado por un andador no vi a un “cerdo”. Pude volver a mirarlo sin dolor porque había hecho un largo camino construido por el perdón dado a los once años, por la terapia psicológica, por la oración y por la fe que nunca abandoné. No hablamos sobre nuestra historia. No me pidió perdón. Pero tampoco era necesario. Ya no me sentí prisionero suyo, ya no estaba bajo su poder. Era libre. Y el perdón dado a los once años fue, quizá, la llave de esa liberación, una liberación que rompió la cadena que ligaba al verdugo y a su víctima. Me pregunto si el perdón negado –y no hablemos del odio- mantiene encadenado al agresor con su víctima impidiéndole liberarse totalmente.

Al encontrarme con víctimas de abusos sexuales, o con los lectores de mi libro, sé que la pregunta que no llegan a responder es la de cómo hice para perdonar a mi verdugo. Sé que esta pregunta está siempre ahí, siempre presente, siempre planteada. No soy teólogo y no soy santo. No fui visitado por la Virgen María ni recibí un mensaje de algún arcángel: cuento simplemente lo que me pasó; lo cual suscita más interrogantes porque no tengo una receta, ni he recibido gracias particulares. Algunos hasta han llegado a reprocharme el haber perdonado al Padre Joël. Creo que el hecho de vivir en una sociedad sin perdón o que perdona difícilmente, en un mundo donde solamente se escucha el pedido de que los verdugos paguen sus culpas, no contribuye a valorar el perdón o la misericordia, ni a comprenderlas.

Numerosas víctimas me han dicho, además, que no pudieron perdonar a sus verdugos. Las respeto e intento comprenderlas. En especial, rezo por ellas. Muy seguido, constato que estas personas no son felices, porque no llegan a liberarse de las cadenas que las atan a un pasado tan doloroso como el mío. Tengo compasión e intento ayudarlas. Pero al final, cada uno debe llevar a cabo el camino de sanación personalmente. No quiero

quedar como modelo ideal para ellos o para la opinión pública. Perdonar no es fácil para nadie. A diferencia de muchas víctimas de abusos sexuales en la Iglesia que han perdido la fe y que no pueden perdonar, yo perdoné y conservé la fe que me había transmitido mi abuela. Fui siempre muy activo en la vida de la Iglesia, desarrollando y animando proyectos de libros, discos y encuentros de jóvenes. No quiero ser una víctima perfecta porque conozco también los sufrimientos de aquellos que yo llamo mis hermanas y hermanos, víctimas de abusos, que me confían su dolor. Formamos una especie de fraternidad invisible porque hemos vivido el mismo trauma que ha herido nuestra infancia y nuestra vida. Digo simplemente que no hubiera podido construir mi vida sobre el odio y sobre la ausencia de perdón.

El Papa Francisco escribió en el prefacio de mi libro, resumiendo admirablemente la cuestión:

Daniel Pittet eligió reencontrarse con su verdugo cuarenta y cuatro años más tarde, y pudo mirar a los ojos al hombre que lo había herido en lo más profundo de su ser. Y le ha tendido la mano. El niño herido es hoy un hombre de pie, frágil, pero de pie. Estoy conmovido por sus palabras: “Muchas personas no pueden comprender que yo no lo odie. Lo he perdonado y he construido mi vida sobre ese perdón”.

Después de haber perdonado intelectualmente, tomé la decisión de reencontrarlo: miré a mi verdugo a los ojos, lo ayudé a caminar con su andador, le ofrecí un chocolate y lo abracé cuando me fui. Sus gestos no me incomodaron, no me turbaron. No quiero ser admirado por eso. Estas actitudes me vinieron naturalmente. Son actitudes de un hombre de pie que, más allá de las fragilidades y de las insuficiencias, se apoya en la fuerza liberadora del perdón.